

MANIFIESTO
SITUACIÓN DEL PAÍS Y DE LA REVOLUCIÓN

FÉLIX MARÍA CALLEJA

MÉXICO, JUNIO 22 DE 1814³⁸

*El virrey de Nueva España, don Félix María Calleja
a sus habitantes.*

Ciudadanos:

Poco más de un año va ya corrido desde que la nación puso a mi cuidado el gobierno y conservación de esta parte de la monarquía española, y ese mismo tiempo hace que no he consagrado mis días a otra cosa que a procurar por todos los medios posibles el desengaño de los alucinados, la destrucción de los frenéticos, y la paz y seguridad de todos vosotros. Es más fácil sentir los efectos de mis desvelos, que concebir los obstáculos, las dificultades y las angustias que he tenido que superar para ponerlos en acción; y si es cierto que pocos de vosotros habrán dejado alguna vez de reflexionar en la crítica situación en que me he hallado, creo que mi deber, mi franqueza y mis relaciones con vosotros, me obligan a presentaros bajo una hojeada el cuadro general de mi conducta como virrey, y dar un testimonio público de que mis deseos y mis operaciones no han tenido otro blanco que vuestro bien y felicidad.

Forzoso es para esto retroceder a los principios y recordar por un momento la situación de estas regiones cuando me encargué de su gobierno; y si al trazar el diseño

³⁸ Hernández y Dávalos, *Colección*, V-159.

de la Nueva España en aquellos días amargos sacare una pintura demasiado funesta y melancólica, jamás sus colores disminuyan el mérito ni desacrediten los afanes de mi antecesor, que ciertamente hizo cuanto le fue posible por la reparación del Estado, y habría hecho tanto o más que yo, si siguiendo en el mando le hubieran ofrecido las circunstancias ocasión de ejecutar sus planes.

No eran entonces las primeras señales de un levantamiento poco calculado lo que experimentaba la Nueva España. El frenesí había tomado un incremento extraordinario y la virulencia de la rebelión llegó a contaminar todos los ángulos del reino. Obstruidos por consecuencia todos los canales de la riqueza individual, habíase aniquilado la riqueza pública, y el Estado padecía una insolvencia incompatible con la multiplicación de sus atenciones, al mismo tiempo que diseminada la fuerza militar, y orgullosos los rebeldes con la propagación de su partido, osaban amenazar esta corte y se habían hecho fuertes casi a sus puertas. Apenas se podía contar con otra cosa que con las capitales de las provincias, y aun una de ellas, acaso la más pingüe, era ya absolutamente presa de los bandidos. Nuevos males preparados muy de antemano y que entonces era ya imposible prevenir, vinieron a completar las calamidades de la patria y mis propias fatigas; pues aunque el fuerte de Acapulco fue entregado a los rebeldes en los principios de mi gobierno, ni tuve tiempo para sacarlo del abandono y miseria en que había yacido por tantos meses, ni mis órdenes para prevenir tan grave mal pudieron tener efecto oportunamente. Así es que la pérdida de aquel interesante punto debió mirarse como un daño real y positivo a mi ingreso al mando, lo mismo que la invasión de las Provincias Internas del Oriente por los vagabundos del norte, que unidos a los facciosos de la frontera; se apoderaron de Texas y amenazaron con igual suerte a San Luis, Monterrey, y

todo el rumbo del oeste. Ni podía en un momento contenerse semejante irrupción proyectada por los enemigos mucho tiempo había, y mirada con imprudente desprecio como una quimera que no llegaría a realizarse. Ello es que estos sucesos dieron tal carácter a la sedición, que los menos melancólicos pronosticaban, y no sin fundamento, nuevas y más tristes desgracias; porque los malévolos que viviendo entre nosotros mismos con una simulada hipocresía, se gozaban en la favorable perspectiva que se ofrecía a sus criminales deseos, acababan de envenenar el corazón de los buenos, abultando el cuadro de nuestros reveses, divulgando fábulas tristes y esparciendo especies sediciosas; por manera que la existencia real de nuestros males, todavía era menos que los efectos que producía por el abatimiento consiguiente a tantos impulsos reunidos.

Tales fueron los momentos primeros de mi mando, capaces de arredrar el espíritu más sereno, pero por fortuna confiaba en la justicia de nuestra causa, y saltando progresivamente por todos los obstáculos, principié a lograr importantes victorias en el riñón del reino, que prepararon las que después sucedieron en nuestra frontera terrestre, y las que últimamente han hecho variar la faz de estas provincias.

Los crueles Villagranes establecidos dos años había en Huichapan y Zimapán, donde ejercían una especie de despotismo alimentado con la sangre de sus habitantes, y que en el exceso de su delirio había llegado uno de ellos a la locura de llamarse *emperador* de aquellos partidos y de la Huasteca con el nombre de *Julián I*; podía decirse que tenían puesta en contribución esta capital, cuando infestados sus contornos con las gavillas de aquellos régulos, eran árbitros de interrumpir la introducción de subsistencias, y apoderarse de todos los víveres y efectos que venían destinados a nosotros. Hacía mucho tiempo que se miraban aquellos dos pueblos como los baluartes de la insurrección, y en efecto,

tantos meses de posesión, continuos trabajos en sus obras de defensa, fundiciones de artillería, fábrica de moneda y una situación favorable daban algún peso a la opinión de que no era empresa vulgar destruir aquellos asilos del robo y del asesinato.

No obstante, Huichapan y Zimapán fueron tomados con toda su artillería y pertrechos, y los Villagranes pagaron en un patíbulo lo que debían a la paz pública y a la seguridad del estado. Este triunfo, fruto de la meditada combinación con las tropas de Toluca que en el mismo tiempo mandé marchar sobre Tlalpujahuá donde existía entonces la ridícula junta de los rebeldes, aceleró la rendición de este último punto privado de los auxilios de los Villagranes, así como la expedición que amenazaba al mismo pueblo durante las jornadas de Huichapan, impidió a éste los socorros de los gobernantes de Tlalpujahuá.

Las ventajas de estas empresas empezaron a sentirse súbitamente en todo el contorno, que desembarazado de enemigos facilitó a sus habitantes el cultivo y el tráfico. Las minas del Real de Zimapán paradas por tanto tiempo, volvieron al beneficio, y destruido el padrastró de Tlalpujahuá, quedó expedita la división de Toluca para convertir su atención sobre la tierra caliente cuando fuese necesario.

Al mismo tiempo que con las primeras tropas que pudieron reunirse, se consiguieron estos importantes adelantamientos, realizaba la formación de un cuerpo respetable al sur de esta capital, que sirviese de barrera a las ambiciosas ideas del rebelde Morelos, el cual envanecido en Oaxaca, parecía dirigir sus miradas sobre la provincia de Puebla. Verifiqué en efecto este plan utilísimo, y bien pronto se halló el referido territorio con un ejército de cinco a seis mil hombres que arrojó al enemigo del pueblo de Zacatlán; destruyendo sus fortificaciones, apoderándose de su artillería,

y disipando en momentos las esperanzas que los rebeldes tenían sobre este punto, considerado como un fuerte inexpugnable después de cerca de dos años de posesión y de obras.

Nada había ya que llamase la atención preferentemente sino el temerario Morelos. Este monstruo que pudo ahogarse en su nacimiento y que todos vimos nutrirse, crecer y engrosarse insensiblemente, apoderado de todo el país que corre desde Colima hasta Tehuantepec, y desde Acapulco al Mezcala, se esforzaba por cimentar su poder, y daba muestras de querer sujetar a su bárbaro dominio el resto de las provincias de este continente. Era el tiempo en que las abundantes lluvias impedían operar contra este cabecilla, y creí necesario y justo para la salud de la patria y la conservación de las tropas, mantenerlas a la defensiva, para que disciplinadas y en orden pudiesen desplegarse con suceso en el próximo estío. Mis órdenes fueron así expedidas al ejército del Sur, y a las divisiones de Toluca, Tula y Guanajuato con instrucciones exactas para sus movimientos en cualquier sentido que los hiciese Morelos, sin perjuicio de las ligeras expediciones, convoyes y otros servicios prontos y necesarios que conviniese ejecutara cada comandante; y a efecto de cerrar una línea de observación sobre el mismo rebelde que le quitase toda esperanza de flanquear algún cuerpo o aprovecharse de un momento imprevisto para hacer una marcha rápida sin ser sentido, hice organizar la sección de Taxco, y reforzar las de las villas, quedando así exactamente cubiertos los países de Puebla y México por los rumbos del sur, oeste y noroeste con la sucesión de divisiones de Jalapa, Orizaba, Perote, Izúcar, Taxco, Toluca y el Bajío, apoyadas en el grueso del ejército del sur situado en Puebla, y con las tropas de esta capital, y la división de Tula.

Este fue el tiempo en que la invasión de Texas por los vagamundos angloamericanos unidos a los rebeldes y

salvajes de la frontera, vino a sobrecargar mis cuidados y a retardar mi plan general. Existían en Jalapa recién llegados de la península los regimientos de Extremadura y Saboya con el preciso destino de cubrir el camino de esta villa en las direcciones de Veracruz y Puebla; y aunque sin desatender tan importante objeto hacia entrar dichas tropas en mis medidas contra Morelos, hube de ocurrir al peligro más inmediato, y me deshice de la mitad de unas fuerzas, cuya segregación debía dilatar a pesar mío la ejecución de mis ideas y la seguridad del camino de Veracruz que esperaba conseguir con el referido auxilio; pero la necesidad era urgente y exigía con imperio que se contuviesen los progresos de los enemigos del norte para impedir su contacto o aproximación a los del sur, cuya circunstancia podía poner en inminente riesgo toda la Nueva España.

No vacilé un momento en ordenar el embarque del regimiento de Extremadura en Veracruz, que con seis piezas de batalla arribó a Tampico al socorro de Texas, al mismo tiempo que por todos los conductos posibles mandé a la división del nuevo Santander y Huasteca que se adelantase a la propia provincia para contener a los rebeldes que amenazaban ya el nuevo reino de León. Felizmente las tropas del Santander se arrojaron con tanto ardimiento sobre el enemigo, que muy en breve reconquistaron a Texas, derrotaron a los facciosos, les tomaron toda su artillería y parque, disiparon aquel nublado, aseguraron nuestros límites y restablecieron el orden y tranquilidad en el territorio, que aún goza de tan inestimable beneficio.

Bien preví que la ausencia de las tropas del Nuevo Santander podría acaso dar lugar a nuevas conmociones en el mismo país, de que más que otra alguna debería resentirse la provincia de San Luis, situada al oeste de aquel partido; mas para evitar este suceso siempre desventajoso, proporcioné una sección que situándose en la Huasteca sirviese de freno a

los mal contentos, y de seguridad a los correos y convoyes.

En esta situación de cosas, y en los momentos en que parecía que todo me brindaba a dedicarme exclusivamente a la destrucción de Morelos, la fortificación del cabecilla Bravo en San Juan Coscomatepec, que dio ocasión a un sitio de cerca de dos meses, en el cual se ocupó una fuerza respetable reunida a costa de debilitar otros puntos, y la imprevista desgracia del bizarro batallón de Asturias en octubre de 1813, vinieron a acabar de entorpecer mis proyectos y facilitaron al enemigo el introducirse y vagar en fuerza por el centro de la provincia de Puebla.

Así se iban sucediendo los obstáculos y multiplicándose las dificultades mientras que Morelos orgulloso con sus anteriores ventajas, dueño de un vasto territorio, aumentadas sus gavillas en gente y armas, y esperanzado en nuestros últimos reveses, había aparecido entre Puebla y Orizaba, después de haber celebrado en Chilpancingo un extravagante y ridículo congreso, y héchose declarar jefe de la fugitiva junta arrojada de Tlalpujahuá y generalísimo de la fuerza armada, paliando su desenfrenada soberbia con el hipócrita título de *siervo de la nación*, abrigando el proyecto temerario de tomar a Puebla y las villas de Orizaba y Córdoba, y amenazando a la capital del reino.

Reparar la desgracia de Asturias, y refrenar el ímpetu del soberbio cabecilla fueron entonces los objetos primarios de mi atención. El batallón de Castilla salió luego de esta capital para el ejército del sur con dos piezas y un cuerpo de caballería, y yo mismo iba ya a ponerme al frente de las tropas, si los reclamos y fundados temores de las corporaciones más respetables de esta corte no me lo hubieran impedido; pero mis órdenes al general del sur para que con todas sus fuerzas se dirigiese sobre Matamoros, que mandaba la derecha de Morelos, verificadas puntualmente, tuvieron el éxito que me prometía, y obligaron a aquel

faccioso, no sólo a suspender el ataque que intentaba contra las villas y Puebla, sino a que se replegase hasta reunirse con el segundo, juntando entre ambos un total de diez a doce mil hombres con dieciocho piezas de campaña.

Con este grueso que sucesivamente fue aumentándose con las diferentes gavillas que existían esparcidas por varios rumbos, amenazó Morelos penetrar a esta capital por los valles de Cuautla o Toluca, situándose alternativamente en Cuautla y Tepecoacuilco para tomar desde este pueblo el derrotero de Sultepec; pero seguido y estrechado por las fuerzas del ejército del sur, y haciendo mover oportunamente las divisiones de Taxco y de Toluca, conseguí que el enemigo no se atreviese a dar un paso adelante, sino que reconcentrando sus fuerzas en Chilpancingo, se encaminase por las orillas de Mezcala a la provincia de Valladolid. Yo había previsto su dirección, y al momento hice reunir mil y quinientos hombres de todas armas, que marcharon al socorro de aquella capital, uniéndose a dicho grueso la división del Bajío, y siguiendo de cerca a ambos cuerpos una fuerza poco menor que debía ser sostenida por tropas de esta capital.

No fue sólo mi objeto la defensa del país que iba a invadir Morelos. Hacía tiempo que deseaba situar un cuerpo respetable y fuerte al norte y noreste de esta capital, que en contraposición del ejército del Sur la cubriese por aquellos rumbos, protegiese las tropas del Bajío, estuviese en contacto con las de la Nueva Galicia, y flanquease la tierra caliente. La realización de mis ideas la apresuró Morelos, y su decisión a atacar a Valladolid me dio ocasión de fijar mis planes, sin dudar un momento de la derrota del infatuado cabecilla si osaba batirse con nuestros soldados. Oaxaca, Acapulco, y las costas laterales de este puerto entraban en mi combinación, no pudiéndome ser indiferente la opresión de estos territorios destruidos y aniquilados por los rebeldes. Con esta mira

establecí una fuerte división en Taxco, pronta a atravesar el Mezcala a la primera orden; y haciendo preparar en Puebla para el momento oportuno una expedición a Oaxaca, esperé tranquilo el resultado de la acción que necesariamente había de suceder entre el cabecilla Morelos y las tropas destinadas a destruirlo, que formaban ya el ejército del Norte.

El bárbaro fue con efecto deshecho y derrotado en Valladolid y Puruarán con pérdida de toda su artillería, municiones y la mayor parte de sus armas; fue aprehendido y fusilado su principal colega Matamoros, y un puñado de valientes hicieron pedazos en momentos una reunión de 18 a 20,000 hombres armados, pertrechados y provistos de un gran número de cañones, contra las esperanzas de los malos, que creían ver en el apóstata cura un coloso invulnerable e invencible.

Nada podía ya entonces impedir la ejecución de mis ideas. La división de Taxco voló a la costa, batiendo a su tránsito los pelotones dispersos de Valladolid, y poniendo al mismo Morelos, que había tomado después de su derrota este giro retrógrado, en el estrecho de salvarse en las asperezas de la sierra de Zacatula. No tardó en dirigirse a Oaxaca la expedición prevenida para su reconquista, que verificándose con el mejor suceso, privó a los rebeldes del primer manantial de sus recursos. Órdenes ejecutivas expedidas al comandante general de la Nueva Galicia, y ejecutadas eficazmente, proporcionaron socorros marítimos de San Blas a las costas de Acapulco, y la bizarra división que estaba encargada de su recuperación, se apoderó al fin de esta fortaleza; destruyó y arrojó a los rebeldes del inexpugnable y decantado Veladero; se enseñoreó de casi toda la costa con general alegría de sus habitantes, y salvó una porción de víctimas inocentes que la rabia y la desesperación del fugitivo Morelos tenía destinadas al más inhumano sacrificio, ejecutado ya con otro gran número a quien no pudo alcanzar la protección de las tropas.

A la vez de estas grandes empresas, las secciones y destacamentos sueltos distribuidos en la vasta extensión de estas provincias contribuían por su parte a la aniquilación de los malvados, persiguiendo, en cumplimiento de mis órdenes, a los fugitivos de las acciones considerables, interrumpiendo sus mutuas comunicaciones, impidiendo que se socorriesen y fijasen en punto alguno, y protegiendo los continuos correos y multiplicados convoyes despachados e introducidos en esta capital por todas direcciones. Así es que por consecuencia de la continua acción de estas fuerzas menores, Osorno fue rechazado a las puertas de Tulancingo y disperso junto a Zacatlán; destruido, preso y fusilado el cabecilla Nicolás Bravo por la sección de Izúcar; organizado el territorio de Taxco y Teloloapan; recobrado y asegurado el punto de Huajuapán; aniquilado el enemigo en la costa sotavento de Veracruz por la división de Tlacotalpan; escarmentado y abatido en Papantla y Tuxpan; mantenido el orden en el Nuevo Santander, y extinguidas las reuniones formadas a las orillas del Río Grande del norte recobrados y organizados los interesantes partidos de Ometepepec, Jamiltepec y Tehuantepec por la sección de este rumbo; creados cuerpos patrióticos en casi todos los pueblos y haciendas que como los del territorio de Querétaro; Bajío, Cuautla y otros muchos países han peleado bizarramente por la salud de la patria y despachado un gran número de convoyes valerosos a Veracruz, provincias interiores y países laterales de esta capital.

Y si la felicidad con que han caminado todas mis medidas supone una protección suprema hacia nuestra santa causa, debo también reconocer y tributar el honor debido a todos los comandantes generales y particulares de ejércitos, provincias y secciones militares que con su decidido valor, celo y patriotismo han ayudado eficazmente al gobierno para la ejecución de una obra, que superior a las fuerzas de un solo hombre no habría podido llevarse a efecto sin los auxilios de

los jefes subalternos. Ni merecen menos mi gratitud todos los oficiales y tropa tanto del ejército, como de los cuerpos patrióticos por la bizarría y denuedo con que siempre se han portado al frente del enemigo, y por la obediencia con que han sabido cumplir las órdenes y disposiciones superiores para el mejor éxito de las empresas encargadas a sus respectivos jefes.

Ved aquí ciudadanos el bosquejo del cuadro militar de dieciséis meses. Las ansias y ahogos que he padecido para socorrer tantas tropas y cubrir las demás atenciones adherentes al gobierno y a los grandes planes desenvueltos en esta época, sólo podrá concebirlos el que meditando con reflexión en los estragos de una guerra intestina, conozca cuan tardías son las reparaciones del hierro y del fuego, y que las ventajas de las victorias no producen su fruto secundario sobre la reposición de los territorios sino después de mucho tiempo. De aquí es que si nuestros triunfos y el aniquilamiento de los malvados ofrecen innumerables bienes para lo sucesivo a proporción que vaya renaciendo la paz en estas provincias, yo sin embargo he sentido todo el peso de una escasez absoluta en las circunstancias más estrechas e importantes; y si bien me he esforzado en proteger el tráfico y comercio, el cultivo y las minas, pudiendo lisonjearme de haber aumentado en el año último los ingresos del tesoro público en medio de tantos cuidados e inconvenientes, todavía han estado sus fondos muy lejos de cubrir una corta parte de sus indispensables cargas, y la necesidad y la salud de la patria me han impelido, de acuerdo con las corporaciones e individuos más respetables, a recurrir a los préstamos, contribuciones y arbitrios que me han parecido necesarios, y sin cuya medida habría sido muy dudosa la suerte de la patria. En comprobación de esta verdad y para satisfacer como debo al público y a mí mismo, no tardaré en presentarle el estado comparativo de las rentas públicas en

cuanto lo permiten la dislocación y trastorno de la administración económica, analizando las cargas del estado y la inversión de sus fondos.

Y si quiero llevaros al examen de mis procedimientos políticos ¿qué podré añadir a lo que vosotros mismos habéis observado? Ningún arbitrio que haya estado a mis alcances he dejado de adoptar para conseguir la convicción y arrepentimiento de los engañados y evitar la efusión de sangre, los destrozos, la ruina y la desolación consiguiente a un alzamiento bárbaro y desastroso, cuyo carácter es la ferocidad, y su objeto el desenfreno, la licencia y el robo. Todas las naciones del mundo oirán asombradas la relación de la conducta de este gobierno para con los rebeldes, y admirará el exceso de su clemencia cuando sepan que un constante indulto ha tenido franqueadas las puertas del arrepentimiento y el perdón a los facciosos, al paso que éstos desconociendo tanto bien y tanta moderación, han seguido obstinados en bañarse en la sangre inocente de los buenos patriotas, atropellando todos los derechos y cometiendo los excesos más inhumanos con los infelices prisioneros, aun pasados con mucho los momentos en que el furor de un combate podría acaso disminuir el horror de unas muertes que nunca podrían dejar de mirarse como asesinatos en las criminales manos de unos rebeldes. Osen si pueden los ciegos sectarios de la rebelión contar del gobierno un solo acto de crueldad o de infamia. Apenas han visto nuestras plazas alzar un patíbulo para que alguno que otro delincuente de tantos como han sido aprehendidos, expíe sus atrocidades con arreglo a las leyes y con todos los auxilios de la religión; antes bien millares de ellos han quedado en completa libertad tan pronto como han dado la menor prueba de retractación, no obstante las muchas experiencias del abuso que los relapsos han hecho repetidas veces de la indulgencia y humanidad del gobierno. Pero mis deseos por el convencimiento de los

alucinados y por la consecuencia de la tranquilidad y del sosiego, han podido más que la justa venganza que podía haberme inspirado la ferocidad de los bandidos y he agotado todos los recursos de la piedad para desengañarlos y atraerlos. Quizá en alguna ocasión habrá parecido excesiva mi conmiseración especialmente en aquellos instantes en que una reciente y nueva carnicería por parte de los rebeldes contra nuestros desgraciados hermanos era justo que acalorase el espíritu más indiferente, como en la última inhumana degollación ejecutada por los sangrientos ministros del impío Morelos con los centenares de infelices que guardaba esclavos por los pueblos de la costa del sur; mas yo he preferido hacer resaltar hasta el infinito la generosidad del gobierno español, para que ella misma justifique a los ojos del universo la hora en que apurado el sufrimiento y desnuda decididamente la espada de la justicia, caiga sin esperanza de piedad sobre el cuello de cuantos intenten la perdición del Estado; que pues han desoído por tanto tiempo las voces de la humanidad y de la moderación, justo es que conozcan por experiencia lo que han despreciado, ya que el bien no se conoce ni estima hasta que ha desaparecido y reemplazándolo el mal.

Ni la Constitución, ese sabio y generoso fruto de los desvelos y de la ilustración de nuestro congreso soberano que hice poner en práctica desde el principio de mi mando, ha bastado a refrenar a los bandidos, ni a disipar la ceguera y mala fe de los que viviendo con nosotros y tal vez a expensas del gobierno, son los enemigos más peligrosos. Notorio es cuanto estos monstruos de ingratitud y de ignorancia han querido abusar de aquel código saludable, haciéndolo servir a sus inicuas y viles intenciones: y si ya, ciudadanos, no gozáis del precioso derecho de poder imprimir libremente vuestras ideas, único artículo que la salud de la patria me ha obligado a mantener suspenso, quejaos de los malos que supieron

poner el estado en combustión por medio de la imprenta libre, en vez de hacerla servir a la concordia y fraternidad. Consolaos pues con reflexionar, que el bien público exige este sacrificio de parte de los buenos, para no sacrificarlo todo a las maquinaciones de los malos.

He aquí que a vuestra vista he puesto ya el principio y progreso de mi mando. Nada parecía que me quedaba que añadir, cumplida la oferta que os hice y satisfecha mi franqueza y buena fe. Sin embargo, no por vosotros, ciudadanos honrados, sino por aquellos que extraviados o seducidos siguen todavía pública o secretamente las banderas de la sedición, deseo que cada cual haga el paralelo entre una y otra época. Nada hay ya que pueda lisonjear las quiméricas esperanzas de los facciosos y es preciso que carezcan de sentido común para no sacudir su ominoso letargo al examinar el estado presente de nuestra santa causa y de su frenética locura.

Ello es que desalojado y destruido con escarmiento en la provincia de Texas el ejército auxiliar de la revolución mandado por el infame Toledo desertor del congreso nacional de que fue indigno miembro; exterminados los grandes cuerpos rebeldes dirigidos por los apóstatas Morelos y Matamoros que orgullosamente amenazaban la existencia política de esta parte de la monarquía española; muertos, presos o fugitivos los principales cabecillas, destruidos sus talleres; perdida su artillería y la mayor parte de sus armas; descornado por tantas derrotas el velo que cubría la ignorancia y cobardía de los caudillos revolucionarios; reconquistada la provincia de Oaxaca y en contacto sus tropas con la de Guatemala, ocupados por las tropas nacionales el castillo y puerto de Acapulco y la extendida costa de sus dos lados, sin que en todo el reino conserven los enemigos otro puesto militar que el de la laguna de Chapala, que no tardará en ser su sepulcro; precisados por consecuencia a buscar en las

fragosidades de las montañas un asilo que los sustraiga de la constante persecución de nuestras tropas; frustradas las esperanzas de los sediciosos encubiertos; desengañada la mayor parte de los pueblos de que el único objeto de la rebelión es el de sacrificarlos a la loca ambición de una docena de hombres inmorales, abandonados a todos los vicios, y sin más medios de subsistir que los de la rapiña disfrazada en alzamiento, libre la madre patria, la inmortal España del tirano que la oprimía y aspiraba temerariamente a su dominación; rescatado ya y colocado en su trono o muy próximo a estarlo nuestro amado y deseado Fernando; no distante la paz continental de Europa y puesta en práctica en estas provincias, a pesar de los obstáculos que opone la insurrección, la Constitución política de la monarquía, ni pueden alimentar los revoltosos la menor esperanza de consumir su horrible proyecto, ni les quedó ya motivo ni pretexto alguno para continuar una revolución desastrosa, cuyo término, si no llega a cortarse y contenerse, será la entera ruina del país que los bandidos tienen tan adelantada, a costa de perecer en un suplicio cargados de crímenes y de infamia.

Tiempo es ya de escoger y decidirse por la felicidad o la desgracia. Vendrá aquélla, tan pronto como los ilusos se reconcilien con la razón y abandonando el partido infame de la rebelión, vuelvan al seno de sus familias y hogares a ser ciudadanos y a ser hombres; pero ésta se desplomará sobre la Nueva España si la ceguedad continúa, y la ambición y el frenesí de unas cabezas febricitantes siguen soplando el fuego de la discordia. Porque la obstinación de los perversos apurará el sufrimiento de una nación magnánima y generosa que ha sufrido mucho porque es fuerte; pero que está en estado de vengar, y vengará sin duda los ultrajes que ha recibido y la sangre de tantas víctimas inmoladas a la perfidia y a la crueldad. Millares de guerreros le sobran en este

instante que han hollado las primeras tropas del mundo, y que volarán, si la necesidad lo exige, a unirse con los bizarros y fieles soldados de este continente para castigar de consuno los asesinatos de sus conciudadanos, los robos de los pueblos y los insultos de las familias, vindicando al mismo tiempo el honor vulnerado de la nación y las ofensas del gobierno.

Entonces, cuando la tenacidad de los males llegue a hacer perder la esperanza de su reducción por los medios del convencimiento y de la paz, cuando se vea que desatienden todavía las voces paternales de la patria, cuando no quede duda de la inutilidad de los recursos moderados y piadosos, negándose enteramente a la reconciliación y a la tranquilidad, entonces pues; las armas, el fuego y las bayonetas a fuerza de castigos y de ejemplares, como lo exigirá la obstinación feroz de los rebeldes, restablecerán la paz de que éstos nos privan; pero ¡a cuánta costa! Se incendiarán los pueblos infieles: serán obligados los ciudadanos a la más restricta policía; se aumentarán las contribuciones a proporción de los mayores gastos; se confiscarán las propiedades de los traidores con ruina de sus, tal vez, inocentes familias; se levantarán patíbulos por todas partes, y correrá la sangre donde quiera.

Ved, oh rebeldes, el cúmulo de males que vais a traer sobre este desgraciado suelo continuando en una obcecación infructuosa y en correr tras de un fantasma que no alcanzaréis jamás; pero está en vuestra mano alejar tantas calamidades y destrozos y convertirlo todo momentáneamente en paz, felicidad y fortuna, si convencidos de la conveniencia y aun de la necesidad de poner un término a la desgracia pública, escucháis siquiera una vez de buena fe los generosos acentos del gobierno. Que las gavillas errantes condenadas eternamente a una vida montaraz, a una persecución continua, un temor interminable y a todas las fatigas y miserias consiguientes a una existencia apoyada en los precarios y amargos recursos del robo y del delito, sin

esperar otra cosa que la pérdida de sus familias y una muerte espantosa, depongan las armas que les ha hecho tomar el interés privado de algunos hombres fanáticos, y que los facciosos encubiertos entregados de continuo a un cruel remordimiento, y a una vida melancólica y tenebrosa, enderecen su influjo a persuadírselo, aprovechándose todos del indulto amplísimo y general que por último y perentorio término concedo en bando de hoy a cuantos quieran gozarlo, y bien pronto la Nueva España reparada de la violenta crisis que ha padecido, será envidiada de todas las naciones.

¡Cuánta será la dicha de este suelo desde un momento tan suspirado! Estrechados nuevamente los lazos fraternales de ambas Españas los hijos de la América perteneciendo a la primera nación de la tierra, gozarán de todo el honor y grandeza que ella misma ha sabido labrarse. Un comercio paralizado y entorpecido tornará con doble vigor a la vida y al movimiento, y rotas las trabas que entumecían los brazos del cultivador indiano, mirará éste nacer debajo de sus pies nuevos y preciosos frutos que la necesidad y el lujo, llevarán por todos los mares, retribuyéndole riquezas inmensas que oscurezcan las de sus preciosos metales. Fomentadas las artes y la industria no tendrá que mendigar las manufacturas extranjeras, y protegido por leyes sabias y defendido por un gobierno enérgico, ni tendrá que temer las violencias y coartaciones del despotismo, ni las asechanzas de potencias extrañas. Ilustrado su pueblo y sacados los indios de la estupidez y la ignorancia por medio de la práctica de nuestro código fundamental, verá rápidamente aumentarse el número de los ciudadanos útiles y desterrarse la desnudez y el abandono de su sencilla plebe. Apaciguado el desagradable estruendo de las armas, una juventud despejada se entregará sin sobresaltos a las delicias de la ilustración dirigida tranquilamente por los sabios que honran este suelo, y que melancólicos ahora, sólo lamentan en el silencio de su

corazón los males de su patria, y muy pronto los talentos americanos se nivelarán con los de las naciones más cultas. Desterrada la desconfianza que produce siempre la discordia renacerá la alegría general, volverá a establecerse la franqueza consoladora, la amistad cordial dirigirá las operaciones de todos y el placer más puro presidirá las concurrencias públicas, los regocijos y las sencillas diversiones de un pueblo noble y generoso sin el sombrío velo que ahora empaña desgraciadamente los rostros de los habitantes de estas provincias.

Mi corazón, ciudadanos, se ensancha con la idea de esta grata perspectiva, y no puedo concebir como existan almas con tal dureza que duden un instante abrazar tan lisonjero y dulce partido.

De cualquier modo yo os he presentado, ciudadanos, la situación funesta o venturosa en que se hallarán estos dominios según que los extraviados persistan en sus máximas de devastación y asolamiento, o se adhieran a los humanos principios de la conciliación y de la hermandad. El gobierno actual que os rige, cuyas operaciones no fueron jamás oscuras ni fraudulentas, reclama hoy la atención del universo; y así como os he hecho ver el trazo de mi conducta gubernativa hasta este momento y alentado vuestra esperanza con los bienes de la paz, os he querido indicar también a lo que podrá obligarme en lo sucesivo la dureza y empedernimiento de los malos. Sólo me resta exhortaros en nombre de la humanidad, de la heroica nación de que sois parte, del congreso augusto que os ha abierto las puertas de la felicidad, y del amado y digno monarca a quien ya adoráis otra vez en medio de vosotros, a que contribuyáis a la grande obra de la reconciliación y sosiego común; porque yo no degradaré la dignidad española con una venganza repentina; mas tampoco consentiré su ignominia en los días de su mayor exaltación. Se engaña el que confíe que el último perdón que ofrezco,

será una gracia duradera como hasta aquí, en cuyo intervalo pueda sacar partido impunemente de cualquiera situación; piérdase ya tal esperanza y la de oscurecer los crímenes o eludir los castigos con los trámites lentos y difusos de los tribunales ordinarios; pues si los facciosos hollan la autoridad de las leyes doquiera que no están defendidas por la fuerza militar, el código de esta misma fuerza franqueará medios sencillos para aplicar brevemente la pena debida a su páfida conducta.

Finalmente, si la unión y la tranquilidad apetecidas no se consiguiere luego; si la ceguera prolongare todavía los males de la patria; si inutilizados los últimos medios de dulzura fuere al fin forzoso cerrar los oídos a la compasión, y abrazar la severidad, el rigor y la sangre para exterminar a los inicuos, no yo, sino ellos y los que pudiendo no han querido evitar este extremo, serán responsables a Dios y a los hombres de los daños que aún reciban por esta causa los buenos ciudadanos, y sobre ellos solos caerá la justa execración de todos los siglos.

Mas yo me inclino a pronosticar que no llevará hasta tal punto la ceguera de los extraviados; y confiado, ciudadanos, en la rectitud de vuestras ideas y en el amor que tantas veces habéis manifestado a nuestro adorado monarca me dejo adular de la agradable y consoladora idea de que disipadas en unos las equivocaciones que hayan podido padecer en circunstancias tan difíciles, y apagada en otros la loca ambición de elevarse sobre todos los hombres, me daréis al fin el consuelo de arrojar de mi mano la espada vengadora, y que cuando llegue el momento de resignar el mando de estas provincias tan superior a mis fuerzas físicas y morales, como lo he solicitado, en otros hombres más robustos y capaces de sobrellevar tan pesada carga, pueda lograr la inexplicable satisfacción de entregarlas en paz y en unión sana, y llevar hasta los pies del deseado Fernando la gloriosa

nueva de que sus hijos de Nueva España son tan fieles, tan nobles y tan dignos de su amor, como en aquellos días de luto en que la perfidia y la traición arrebataron su augusta persona del seno de su pueblo, y lloraron los americanos con el más entrañable sentimiento tan inesperada desgracia.

México 22 de junio de 1814.

Félix Calleja

Es copia.

México 28 de junio de 1814.

Quijano